

DIÁLOGO DE MUERTOS

[Bar en el cielo. Sin techo ni paredes. La luz tenue. Varias mesas de mármol con algunas sillas vacías rodeadas de nubes. Un ángel rollizo pasa llevando en la bandeja de plata una botella de vino y tres vasos. Cruza el escenario, vestido con sotana, don José María Escrivá de Balaguer. En una mesa, a solas, se encuentra Pablo Iglesias. El sacerdote saluda al fundador del PSOE con una ligera inclinación de la cabeza. Este, a su vez, se quita cortésmente la gorra. En otro rincón de la escena se encuentra sentado un hombre de mediana edad con una estampa piadosa entre las manos. Un joven campesino aragonés de dieciocho años, con tez aceitunada, se aproxima a la mesa...]

MIGUEL- *Perdone, ¿puedo sentarme aquí?*

PEPE- *Claro, toma asiento. ¿Quieres tomar un café, muchacho?*

MIGUEL- *Sí, gracias, sin azúcar.*

PEPE- *Yo tomaré otro, con leche y un terrón. ¿Cómo te llamas?*

MIGUEL- *Mi nombre es Miguel Arlés, de un pueblo de las cinco villas, en la orilla del Ebro lindando con Navarra.*

PEPE- *Tienes, maño, un nombre de arcángel. Yo me llamo Pepe, o José, como el padre de la virgen María, la madre de los desamparados.*

MIGUEL- Tiene usted un acento valenciano, como el pretendiente de una hermana mía. El es del pueblo castellonés de Artana y llegó a mi tierra vendiendo naranjas.

PEPE- Yo soy de Bétera, un pueblo de Valencia.

MIGUEL- ¿Y hace mucho tiempo que está usted aquí esperando?

PEPE- Me pegaron tres tiros de escopeta en el pecho tres milicianos. ¡Dios los perdone! Fue al alba, a las cinco y media, en un barranco. Era la víspera de la fiesta de la patrona del pueblo.

MIGUEL- Lo siento. A mí me fusilaron en la tarde del 6 de agosto cuatro falangistas. Una bala me entró por el cráneo, otra por un costado. Las otras dos se quedaron incrustadas en la pared. ¡Quién sabe si los dos fallos fueron intencionados para no manchar sus conciencias con mi sangre!

PEPE- También lo siento.

MIGUEL- No es culpa suya. Lo que más me apena es que mi propia madre y Gloria, mi hermana pequeña, vieron cubiertos los ojos de lágrimas mi fusilamiento. Y aquellas dos balas que no se clavaron en mi carne se hundieron como los clavos de Cristo en la pared de mi casa.

PEPE- ¿Y cuál fue tu crimen?

MIGUEL- Mi padre fue juez de paz republicano y yo me afilie a la UGT.

PEPE- Tu delito fue creer en la República; el mío fue creer en Cristo.

MIGUEL- ¿Dios o República? ¿No es posible servir a dos amos? La monarquía católica nunca ha tenido muchos escrúpulos en mezclar el Altar y el Trono, las churras de Dios con las merinas del César. ¿Y quién ha tronado contra ese contubernio?

PEPE- Desde la República los derechos de Dios han sido conculcados, el culto público aherrojado y la gente entregada a Satanás. Yo le había dicho un día a mi párroco: “¡Ya he vivido bastante, Señor!” No, no podía sufrir las profanaciones de los templos ni las burlas e insultos al Señor.

MIGUEL- *El discípulo no es más que el maestro, o quizás debe hacerse él mismo maestro de sus propios discípulos. Mal está quemar con fuego la casa del Señor; mucho peor es sacrificar al pastor del ganado; pero quien no haya arrojado gasolina en el incendio de nuestra patria que tire la primera cerilla. Unas ovejas son gordas, otras flacas, otras descarriadas. ¿Qué debe hacer el buen Pastor? Mi párroco abandonó a su feligrés ante los verdugos.*

PEPE- *Todos los hombres llevamos encima nuestras contradicciones, nuestros pecados y cargamos con nuestra cruz a cuestas. Los rojos no perdonaron tampoco la pobreza de Lucía, la criada del cura de san Juan de la Ribera. ¡Le quemaron sus pocas pertenencias!*

MIGUEL- *Nosotros no eramos ricos, como los Fortea, que tanto agasajaban al cura párroco y en cuya casa merendaba cuando no se dignó dar la cara ni salir en mi defensa. Pero tampoco eramos pobres, los había aún más miserables. Un día, en pleno invierno, volví a mi casa sin el abrigo de lana. Se lo había regalado a un gitano que acampaba con unas carretas junto al Ebro. ¡Qué furiosa se puso mi madre! ¡Un año de ahorros tirados!, gritaba echándose las dos manos a la cabeza. Si no hubiese sido por mi padre Pablo casi me rompe las costillas con la escoba. Pero ¿no era acaso el evangelio de la justicia social la leche que me había amamantado desde la cuna? ¿No había oído decir a mi madre misma que el abuelo Pablo Iglesias quería lo mismo que la Iglesia de Pablo el de Tarso?*

PEPE- *Todos hemos pecado. Quienes degollaron carneros y retorcieron el cuello de la paloma en los tres años dolorosos de la guerra y los que durante trece veces tres años ensuciaron en la paz el nombre santo de Dios con su boca de fariseo. San Martín partió su capa por la mitad con un pobre, pero sus devotos caballeros y los heroicos alférez provisionales nunca se han apeado de su bella cabalgadura adornada con vistosas gualdrapas. Y, sin embargo, en tu ciudad el arzobispo entra humildemente a lomos de un burro, un platerillo...*

MIGUEL- *Es verdad, todos hemos pegado sin poner la otra mejilla. ¿No se hizo una burrada, en tiempos de la monarquía, con el arzobispo Domenech? Me acuerdo de que el 14 de abril, henchidos de alegría como quien se desprende de un yugo, unos hombres cantaban a coro en nuestra*

taberna: “Si supieran los curas y frailes/la paliza que les vamos a dar/bajarían a la calle gritando/libertad, libertad, libertad...”.

PEPE- Tampoco nosotros distinguimos bien entre la caridad y la justicia debida ni disparamos solamente sobre el hermano con rosarios y pastorales colectivas. ¿No estaban acaso nuestras oraciones a Dios teñidas de sangre también como los versos de Alberti? El Padre claretiano que se refugió en el pueblo de Serra huyendo de la barbarie roja pensaba con mucho optimismo que la revolución de las tropas nacionales habría triunfado un día antes de mi muerte, al mes de la justa rebelión contra las autoridades marxistas.

MIGUEL- Yo creía, como el mismo apóstol san Pablo, que toda autoridad, si no viene del Diablo, viene de Dios. Y ahora oigo que ustedes, gente de orden, tenían su esperanza y el corazón puesto desde la hora prima en la victoria de la sublevación... ¿No estaban obligados Azaña y el ejército de la República a aplastar al nuevo Sanjurjo como había hecho el mismo Franco unos años antes con la fallida revolución proletaria de Asturias?

PEPE- ¿Qué podíamos hacer? Los comités marxistas habían dado la consigna de matar a los curas. No se da un beso de paz a quien te persigue con una estaca para romperte la cabeza. Ya sé que en la otra zona también corría sangre inocente, pero era nuestra vida la que estaba en juego. Temíamos a los milicianos, a la chusma incontrolada, rebotante de odio secular y armada por los grupos anarquistas... No eran Azaña, Madariaga o Besteiro los que asesinaban a los curas – les bastaba a ellos con sus perversas leyes laicas sobre el divorcio, la libertad de culto, la prohibición de enseñar a los beneméritos padres jesuitas, tan acostumbrados a ser maltratados incluso por la monarquía católica que los había expulsados de sus reinos...

MIGUEL- Nuestras muertes respectivas fueron injustas, injustificables; pero ¿son equidistantes, hechos todos los matices o distinguos que se quieran hacer, las causas profundas de los dos crímenes? ¿Tiene la cabeza de Azaña la misma responsabilidad moral en su vil asesinato que la efigie de Franco en un duro la tiene en mi fusilamiento e, incluso, en la propia muerte de usted? Si un coronel desobedece ¿podrá culparse al sargento o al soldado de que hagan otro tanto? Al rebelarse contra el gobierno el general Franco lanzó un mensaje a toda la población adepta: “¡Haced lo que

queráis para que triunfe la buena causa! Vino así el caos y la anarquía en ambas zonas en guerra. ¿Qué debía hacer la República? ¿Acaso retirar soldados del frente para desarmar con fuerza a todos los milicianos y a los lobos esteparios sedientos de sangre burguesa en la retaguardia?

PEPE- *Las autoridades de la República no quisieron o no supieron ni les interesaba mantener la ley y el orden en su zona ni proteger a la población civil de las derechas que se vieron así empujadas a echarse en brazos de un salvador de su desgracia. Se vejó a mujeres, se les cortó el cabello, se las obligó a servir como criadas a los nuevos señores de la guerra... ¡Y hablan de democracia quienes tenían a la dictadura del proletariado como la clave de bóveda de toda su catedral. El comunismo era una religión, pero una religión diabólica.*

MIGUEL- *Ciertamente no todos los que juraban por la República en sus cinco abriles defendían de veras la causa de la libertad, pero ¿quiénes lo hacían entre aquellos que se levantaron contra ella un tórrido día de julio? Tampoco todos los que dicen en la plaza pública “Señor, Señor” entrarán limpios de culpa en el Reino de los cielos. ¿No ha dicho Jesús: “por sus frutos los conoceréis”? Cuando ya pasado el diluvio, varias generaciones más tarde, la barca de Pedro cambie (sólo entonces) de rumbo os gritarán a los católicos burgueses como si fueseis unas sucias ratas traidoras: “¡Tarancón, al paredón!”. La Iglesia, cumplido una vez más su tardío “aggiornamiento”, ya no era entonces útil para “su” España, el cascarón de una nave que hacía aguas... Y tampoco a la Iglesia le convenía ya mucho aferrarse a los gusanos de un muerto que la había mimado tanto al coste de leer el evangelio de Cristo con un solo ojo.*

PEPE- *Muchas veces me he preguntado a mí mismo si la cruel violencia extremista contra los curas (exceptuados acaso algunos sacerdotes nacionalistas vascos, políticos bajo la negra sotana) hubiera sido la misma en el caso de que los obispos hubieran alzado en cada diócesis firmes la voz con un llamamiento enérgico a los militares rebeldes para deponer las armas y aceptar la autoridad legítima. Teníamos mucho miedo a que la República, aceptada a la fuerza y con muchas reticencias, desembocase sin remedio posible en una dictadura bolchevique. Aquello era una cruzada*

contra el mal secular de un laicismo anticlerical. ¡España no era ya oficialmente católica! El gobierno del Frente popular habría depuesto pronto a Azaña, derogado la Constitución, ya bastante radical, etc. El alzamiento fue preventivo, salvar a la patria de las garras de Stalin.

MIGUEL- *¿Y para evitar una hipotética dictadura comunista, contra la cual nos hubierais hallado juntos a vuestro lado a muchos liberales y socialistas, se toleró durante cuatro décadas una dictadura real, auténtica, visible, un gobierno que llenaba de incienso, oro y mirra o paseaba bajo palio llamando “cristiano ejemplar” al nuevo Carlomagno hispano?*

PEPE- *Como tú, yo acabe mi vida en la tragedia del 36. Los presbíteros, aunque tengan presbicia, no logran ver tan lejos. Yo no podía prever en absoluto que nuestros jéarcas católicos precisaran llegar hasta los últimos estertores de Franco para bajar el cabestrillo del brazo en alto. Un hombre tan sensato como el cardenal Herrera, cocinero antes que fraile, todavía afirmaba en una entrevista a la pregunta de si la Iglesia debía mostrarse abiertamente hostil al Régimen: “Prudencia, prudencia... La Iglesia no se identifica necesariamente con el franquismo, pero no olvidemos que el franquismo permite a la Iglesia realizar su labor evangélica...”.*

MIGUEL- *Yo siempre esperé que algún sacerdote, al recibir el Caudillo la sagrada hostia en la comunión, le recordase en voz alta aquellas hermosas palabras del Señor: “Antes de comulgar, ve a pedirle perdón a tu hermano...”. He visto desde mi muerte a obispos que se han sentado como procuradores en las cortes franquistas y he visto también a un Papa amonestar de pie a un arrodillado sacerdote sandinista por ... hacer política.*

PEPE- *¿Hay odio en tu corazón?*

MIGUEL- *No, el tiempo vuelve “realista” incluso a los republicanos más acérrimos. No es realista querer meter en la cárcel a los cientos de miles de personas que hicieron colas larguísimas durante muchas horas para dar su último adiós agradecido al Caudillo. Y sería injusto no reconocer que*

algunos hombres como Fraga o Carrillo evolucionaron, algo o mucho, con el tiempo. Unos callaron con rabia estrangulada por el miedo, otros lo hicieron por cobarde indiferencia o bien atenazados por el hambre; otros, finalmente, por la esperanza de tener su parte en el botín.

PEPE- *Muchos hijos del franquismo se rebelaron en su temprana juventud contra la tiranía sostenida por sus padres, hermanos mayores y abuelos. Antes, del huevo de la monarquía, había nacido también el dragón republicano. El padre del cartelista Renau pintaba vírgenes y santos para adornar los templos. La democracia fue tejida a cuatro manos: por los que desde dentro rechazaban la continuidad del Régimen y por los que, desde fuera, pedían la ruptura.*

MIGUEL.- *Sí, punto final. Pelillos a la mar... ¿Queréis libertad, paz y democracia? Pues “Borbón, y cuenta nueva”. ¿Quién no iba a pasar aquella triste página? El precio de la paz – la paz siempre cuesta algo - era muy barato: olvidad el pasado. Mi cuñado y mi hermana mayor, que pasaron acabada la guerra un periodo doloroso de sus vidas en la cárcel, aún tuvieron la suerte inmensa que no tuvo mi pobre padre, también encarcelado: poder rezar con alegría el padrenuestro de la transición: “Amnistía nuestras condenas así como nosotros perdonamos también a los que nos condenaron”. Aquí paz, y allá gloria.*

PEPE- *Tampoco vive la llama ni el rescoldo de ningún resentimiento en mi alma. Hemos sido ambos tanto víctimas como verdugos. Yo no tuve hijos que pudiesen gozar largo tiempo del reconocimiento y de los privilegios públicos de haber dado su vida por Dios y por España. Comprendo la amargura de Gloria, tu hermana pequeña, que ha vivido durante toda su vida viendo con los ojos inyectados de odio al jefe de los criminales de su hermano ser mostrado como un modelo de piedad religiosa. El valle de los caídos es todavía hoy el recordatorio de un valle de lágrimas.*

MIGUEL: *Siento profundamente también tu muerte injusta y espero que un día te declaren mártir de la mejor Iglesia católica, aquella que recibió la picadura del avispero que algunos sacudieron con la cruz o con la hoz y el martillo y que expió con su sangre propia, sin buscar venganza, las culpas ajenas. Aunque la cicatriz deja siempre su marca en la piel, las*

heridas están hoy ya cerradas del todo. No quiero que algunos “peronistas” imberbes usen de mi tibia o peroné como se desentierra de la fosa un arma de guerra para saldar las viejas cuentas con el pasado. La memoria, el examen de conciencia, debe tener como su único fin el arrepentimiento, el propósito de enmienda, la reconciliación. Que Dios nos perdone a todos los que pecamos por falta de amor al prójimo.

PEPE- *Tampoco me agradan a mí mucho ciertos comentarios, o ver los chistes hirientes del ABC, La Razón o El mundo, que comparan las reliquias de fulano o mengano (tú sabes bien sus nombres y apellidos porque son personas conocidas, reales, de “carne y hueso”) con viejos fósiles o dinosaurios de la prehistoria; o a los soldados de Brunete con los moros o cruzados combatientes de las Navas de Tolosa, etc. Existen recuerdos innecesarios, pero también hay olvidos inicuos. No es la pasión de la arqueología, sacra o profana, la que lleva a querer enterrarse, ya cercana la propia muerte, con las reliquias óseas de nuestros progenitores. “Honrarás a tu padre y a tu madre”, les darás sepultura. Palabra de Dios.*

MIGUEL- *Gracias a ese Dios, mi familia ha podido depositar siempre unas flores en mi tumba. A mí me dejaron yaciendo sin vida en la puerta de la casa. ¿Y a usted, amigo Pepe? ¿Dónde lo arrojaron, echado como un perro, sus asesinos? Sin duda, si aún le queda con vida algún hermano, una hermana, algún familiar en primer grado que tenga un derecho legal, también querrá recuperar su cuerpo...*

PEPE- *No me queda ya nadie. Entiendo bien al hijo republicano que desea confundirse en el polvo de la tierra con su padre. Y también al vecino cuyo alcalde se niega a retirar al Caudillo la condición de hijo adoptivo de la villa... Pero ¿quién tiene derecho sobre el cuerpo y la sangre derramada por el pueblo del poeta Lorca? ¿Sus lectores de izquierdas? ¿O sobre el pobre Maeztu? ¿Los católicos de derechas? Dejemos en paz a don Antonio Machado en Colliure; hagamos que ningún español futuro marche otra vez de nuevo al exilio. Y que sea el Juzgador el que nos haga pagar a todos nuestros pecados.*

MIGUEL- *Así sea. Ninguna blasfemia mayor ha inventado el caínismo de nuestro pueblo castizo que aquella de gritar: “Me cago en sus muertos”.*

Que de los excrementos y del odio broten de nuevo las rosas rojas de la paz santificada y del perdón mutuo la alianza de la nueva amistad recobrada.

FIN DE LA OBRA

Este diálogo es una ficción literaria cuyo fin es exorcizar los viejos demonios familiares. Ahora bien, cualquier parecido con la realidad “no es una mera coincidencia”. Los personajes son reales, los hechos concretos narrados también son esencialmente verdad histórica. Solamente el ropaje literario de las ideas aquí expresadas son la obra personal del autor y pretenden reflejar, con la mayor fidelidad posible, las posiciones respectivas de cada interlocutor. En el caso de Pepe, amigo del sacerdote valenciano Roig, me he servido de un diario de la época reproduciendo frases literales. En cuanto a la figura juvenil del “otro bando”, Miguel, he recurrido a los relatos contados por su hermana menor, Gloria, mi propia madre.

